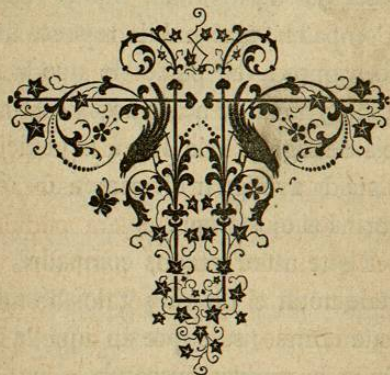


—Pues vamos.

—Vámonos, compadre.

Y los dos compadres abandonaron el panteón.



CAPÍTULO V.

LA RESURRECCIÓN.

No bien se hubieron separado del cadáver los dos compadres, Salomé hizo un movimiento.

No sabemos qué dolor le despertaría, pero volvía á la vida; su primer esfuerzo fué por abrir los ojos, y se hubiera podido notar cierto temblor en los párpados, como se puede notar el de los pétalos de una flor que va á abrirse; sólo que en aquella lucha, en la que las pupilas buscaban la luz, la luz misma por su intensidad las hería vivamente y las hacía temblar.

Por fin Salomé abrió los ojos: los objetos que se presentaron á su vista fueron el viejo techo de un portal y las copas de unos árboles.

Poco á poco fué haciéndose cargo de lo que la rodeaba, hasta que llegó á persuadirse que estaba en el panteón, y sola.

Como los dos extremos de una línea que se tocan para convertirse en círculo, vino á su imaginación el día en que conoció á Gómez allí lo había visto, en aquel mismo sitio había oído su ardiente declaración amorosa, allí estaba la historia de su desgracia.

Fundiéndose todos los recuerdos de Salomé en la más dolorosa de sus impresiones, se espantó ante aquella terrible coincidencia, sin poderse dar cuenta de por qué se hallaba en aquel lugar, y solo después de un penoso y dilatado esfuerzo, pudo recordar, que en su triste peregrinación, había sentido que la habían abandonado sus fuerzas; y como si para acabar de comprender su situación hubiera empleado todo lo que le quedaba de vida, sintió en seguida un ho-

rrible desvanecimiento y volvió á caer á plomo sobre su tosco lecho de muerte.

Á esta sazón se oyeron distintamente los pasos de un grupo de personas que se acercaban.

Eran las autoridades y varios curiosos que venían precedidos por D. Máximo.

—Es la misma, no me cabe duda, ¿dígame usted si yo no conoceré á las gentes? le decía D. Máximo al juez.

Llegaron á donde estaba Salomé, y don Máximo que había sido el primero en acercarse, retrocedió espantado empujando á los que venían detrás de él.

—¡Qué pisotón me ha dado usted, compadre! gritó don Antonio, viendo estrellitas.

Don Máximo estaba pálido, y esta palidez se comunicó á los que lo rodeaban.

—¡La muerta se ha movido! gritó enseguida don Máximo; y á esta voz, como si hubiera sido un conjuro corrieron todos los acompañantes y se quedaron solamente en el lugar del suceso el juez, don Máximo, y

don Antonio parado en un pié y haciendo gestos por el pisotón de su compadre.

Pasada la primera impresión, ya no les cupo duda á aquellos tres personajes, de que la muerta se había movido, y don Antonio, que no obstante su dolor de pié, no había olvidado del todo su buena lógica, dijo:

—¡Luego vive!

Hasta entonces no vino á las mientes de los compadres y del juez, la idea que primero debía haberseles venido, y era la de cerciorarse antes que todo de que aquella mujer estaba efectivamente muerta.

La posición en que había vuelto á quedar Salomé después de su pequeño monólogo, no dejaba lugar á vacilaciones, y el juez, sin pérdida de tiempo, obligó á los compadres á cargar el tapextle para conducir á Salomé á sitio mas adecuado, para volverla á la vida, por si acaso era posible todavía.

La noticia de aquella resurrección había cundido ya por todo el pueblo, y de todas

partes acudían á dar fé y testimonio del ruidoso acontecimiento.

Hubieron de sujetar á Salomé, entre curanderos y aficionados, á los mas brutales tratamientos, merced á los cuales, al cabo de pocos momentos comenzó á dar señales de vida.

El boticario, que hacía las veces de médico en el pueblo, fué quien, poniendo en práctica los procedimientos que la ciencia aconseja, logró volver á la vida á Salomé, pero la prescribió descanso y reposo absoluto por algunos días, que á los curiosos, especialmente á don Máximo, les parecieron siglos.

Por todas partes los vecinos se ocupaban incesantemente de aquél asunto, y parecía que el único que lo ignoraba en todo el pueblo, era un hombre que se estaba ocupando de desatar una funda de hule con que traía cubierta una caja de mercería.

Esto pasaba al día siguiente de la resurrección.

El varillero acababa de rendir su jornada,

sentándose á la puerta del cementerio de la parroquia, y la primera persona que pasó junto á él, fué una anciana.

—Aquí traigo novenas de todos los santos, señora; los siete viernes de San Francisco, el día primero, novena de la Purísima, el nuevo Lavalle, el Ejercicio cotidiano, la novena de las Animas.

Ante tan alhagador boletín bibliográfico, doña Gertrudis se detuvo, que no era otra la que á aquellas horas salía de la iglesia y la última.

—¡Ay, Jesús María y José de mi alma y de mi vida! exclamó doña Gertrudis, lanzando tan profundo suspiro, que hizo levantar la cara al varillero.

—¿Le ha sucedido á usted alguna desgracia, señora?

—¿Desgracia? sí, bien puede ser una desgracia, el que su Divina Majestad me haya dado vida para ver estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Para ver á mi hija, á mi hija Salomé, que he criado á mis pechos y con tanto

chiqueo y mimo, volverla á ver en el estado en que se encuentra.

—¿Está enferma?

—¡Cómo! ¿no sabe usted la historia de la resucitada? pues será usted el único en el pueblo.

—¿De la resucitada decía usted, señora? ¡ah, sí! de la señora que....

—Eso, de Salomé, á quien todo el mundo daba por muerta, y que no estaba sino desmayada ó quien sabe como; el caso es, que todos la creían difunta, cuando de repente ¡que revive, señor de mi alma! y cate usted que era, nada menos que mi hija, mi hija, que por su mala cabeza, ahí parece que fué á enamorarse de un hombre malo.

—¿De quién? preguntó el varillero, quien como habrá comprendido el lector no era otro que Angulo.

—¿De quién? de ese tal Gómez, contestó doña Gertrudis, de quien se cuentan tantas cosas malas.

—Es la misma, pensó Angulo, y pretendiendo fingir indiferencia, dijo en voz alta

Novenas de Santa Rita, de San Judas y de Santa Gertrudis.

—¿A cómo?

—A medio.

Doña Gertrudis hojeaba las novenas y Angulo no podía disimular que se encontraba fuertemente preocupado.

—Figúrese usted, continuó, doña Gertrudis en qué estado se encontrará la pobre de mi hija, cuando hasta en cosas de justicia se encuentra complicada. Al principio creyeron todos que estaba loca, porque sostenía que Gómez había plagiado á un hijo suyo.

—¿Hijo de quién?

—De Gómez.

—¿Y de quien más?

—De Salomé, y ahí tiene usted á la infeliz denunciándose sola, dando las señas del hombre y probando, según parece hasta ahora, que el tal Gómez ha plagiado á su hijo sin saberlo, y ella por tal de salvarlo, no tiene embarazo en ponerse en poder de la justicia, porque el tal Gómez, según dicen todos, es un pillo de cuenta.

Angulo, que estaba lejos de pensar en lo que hablaba, sino precisamente en lo que no decía, rogó á doña Gertrudis que se quedara con algunas novenas, ofreciéndole que volvería al día siguiente á la casa de la anciana por el importe de su mercancía.

—¿Qué piensa usted señora?

—Pienso en que esta novena es muy buena para que parezca lo perdido.

—¿Esa es la que me va usted á comprar?

—¡Y se rie usted!

No señora, Dios me ampare, yo soy muy buen cristiano, y creo en todas esas cosas; por eso le aconsejo á usted que me compre esta novena, porque en rezándola, es seguro que muy pronto va á parecer ese niño que está perdido, y sobre todo Gómez, á quien me dice usted que buscan todos con afán.

—Y ya se vé que sí, que se han puesto exhortos y han estado trabajando en el Juzgado hasta muy tarde.

—¡Ah! pues júrelo usted, señora, porque si á todo eso se agrega la novena que va

usted á andar desde mañana, es bien seguro que antes de terminarla ya todo está arreglado.

—Me parece sin embargo que usted lo dice de cierto modo....

—No, señora; lo digo á usted porque así lo creo y así lo siento, ¿pues qué, yo no rezo también?

—Pues usted lo dirá de chanza, dijo doña Gertrudis, pero va usted á ver cuál es el resultado, voy á andar la novena, ya se vé que sí, y verá usted, verá usted el resultado, le he de dar á usted en el hombro.

—Pues Dios lo haga, señora,—había de suceder esa diablura efectivamente, pensó Angulo, ¡pero no! Gómez ya debe saberlo todo y creo que no lo cojen.

—Venga usted por su dinero, dijo doña Gertrudis.

—¿A dónde?

—A mi casa.

—Iré después, dijo Angulo, déme usted las señas.

—¿Sabe usted dónde vive don Máximo?

—Ah, sí; derecho, como quien se va para la huerta de don....

—Precisamente, pues, derecho....

—¡Ah! sí, ya sé, allá iré luego, lleve usted las novenas.

—Dios se lo pague á usted, y allí en mi casa estoy á todas horas, ó si no, en la casa donde está Salomé.

Quedóse profundamente pensativo Angulo, y volviendo á empacar sus baratijas, se puso á contemplar con tristeza el camino que acababa de andar.

—Yo debo avisar á Gómez á toda costa, para que se ponga en salvo, porque lo que voy viendo es que lo buscan por todas partes: no ha habido una sola persona con quien haya yo hablado, que no me haya contado que andan persiguiendo á Gómez; bien es que él.... pues cuando no ha de andar con cuidado, ¿pero si no lo sabe? por lo menos él tiene mucha confianza, y no vaya á ser que...

Pero ese camino, decía muy triste Angulo, siete horas de camino, ahora que venía

yo á descansar para esperar el domingo, yo creo que no voy.... pero si por no avisar cojen á Gómez.... vamos, es preciso, entraré á un bodegón y comeré algo, tomaré un trago y después la emprenderé otra vez. ¡Pues no eché mala misión, si lo he sabido.... cuándo me sucede!

—Efectivamente, Angulo se dirigió al bodegón donde se hizo servir abundantemente, tanto para reparar sus fuerzas, como para acabar de hacerse al ánimo de desandar lo andado.

En cuanto al trago prefirió el Tequila, que apuró con delicia.

—Apenas hubo acabado de comer, cuando contra todo lo que se esperaba, sintió más deseos de descansar que de continuar su camino.

—¿Qué horas serán? preguntó Angulo á la fondista.

—Ya dió la una, contestó esta.

—La una, repitió Angulo entre dientes, bien puedo descansar una hora y salir á las dos, que aunque llegue yo á las ocho, siem-

pre será buena hora para dar un buen aviso.

Bastóle esta resolución á Angulo para que apoyándose la cabeza en ambos brazos que tenía cruzados sobre la mesa se preparara á entregarse al mas tranquilo sueño.

Este espectáculo, supuesto que para el fondista no era nuevo, no le sorprendió, sino que al ver que Angulo tomaba aquella actitud, exclamó interiormente.

—Bueno, este no despertará más que para pedir más de beber: que duerma.

Á poco rato, Angulo roncaba profundamente.

